

## LEYENDA SIN TIERRA

*A Aschwin Van Alphen*

### I

- ¿Y tú, qué haces aquí?

El niño con alas de cisne en la espalda no contestó.

- Sí, tú, ¿Qué haces aquí? ¿No ves que en Japón no hay ángeles?
- No soy un ángel.
- Pues pareces.
- ¿Y tú, qué haces aquí? No eres japonesa, ¿Qué eres?
- No lo sé.
- Yo tampoco sé que soy, pero no creo ser un ángel.
- ¿Has visto alguno?
- No.
- ¿Has visto a Dios?
- Jajajaja, ésa si estuvo buena.
- ¿No crees en Dios?
- No. Nunca. Jamás.
- Órale.
- ...

- Pues aquí son budistas.
- Qué nueva tu información.
- Ellos no te van a querer si les muestras tus alas. No les gusta nada que se acerque al cristianismo.
- Uno: el concepto de ángel no se originó en el cristianismo; dos: que no soy un ángel.
- Pues buena suerte.
- Igual.
- . . .
- . . .
- ¿Por qué me sigues?
- No te estoy siguiendo.
- ¿Vamos a donde mismo?
- Esa es la cosa: si iremos. . .
- ¿Es invitación o rechazo?
- Es una duda.
- Pues parece que sí vamos.
- Voy a Kumamoto - dijo él.
- *So do I* – confesó ella.

Los ojos del ente alado no llegaban nunca al iris de los de ella, redondos. Estas alas son un accidente, dijo, no sé que hacer con ellas. Así llegan las cosas importantes a nuestra vida, expresó la niña. Las alitas de cisne se estiraron y se estiraron. Después se volvieron a encoger y se sacudieron como si estuvieran temblando.

## II

Soñé que estaba en un barco lleno de gente secuestrada. Era un barco de madera, vaivén, olas, estábamos muy cerca de la orilla de la playa. Había gente de todas las edades, olían mal, no había baños, ni agua, ni comida, todos peleaban y discutían. Yo me asomé por una de las ventanillas y vi a una mujer blanca caminando en la arena. Era de cabello rubio hasta los tobillos, con un vestido largo y blanco, muy limpio. De la mano llevaba a una niña de unos cinco años. Ambas eran hermosas, la niña era también rubia y de rizos largos. Caminaban hacia el barco. Yo no podía creerlo, quería decirles que no se acercaran, que era peligroso, pero no salía voz de mi boca y la pareja subió las escaleritas y se sentó frente a mí, en medio de la gente sucia y ruidosa. Alguien dijo que los secuestradores se aproximaban en otro barco, que venían por nosotros. Alguien dijo que si iniciábamos la guerra podríamos ser libres y todos de pronto tenían un arma y apuntaban y hacían fuego y balas penetraban en el barco. Gente moría; la mujer blanca desapareció y la niña me veía con sus ojos enormes. Yo le abracé y huí por un pequeño agujero que conectaba a otra sección del barco, con la niña en brazos. Cuando salí del túnel, llegué a un museo. Ahí el sueño se tornó blanco y negro. En el museo se conmemoraba el cincuenta aniversario del episodio del barco y había fotos gigantes de las personas que yo vi gritando y disparando. En alguna foto aparecía la niña, tal como la veía ahora, junto a mí. Otros carteles enlistaban el fin de los sobrevivientes: sus empleos actuales, sus direcciones y edades. Yo no me encontraba en ninguna de las fotografías, ni en la sección de secuestrados ni en la de supervivientes. De repente sentí mucho miedo, no

recordaba cómo era la forma de mi cuerpo ni la imagen de mi cara. La niña, a mi lado, dijo:

*Why are you so afraid?*

- *I'm not afraid* – contesté.
- *Yes, you are.*
- *Nou.*
- *Don't you wanna know were you are?*
- *Nou.*
- *Are you sure?*
- *What? Do you know everything?*
- (La niña sonrió) *Why are you so afraid? We are all ghosts anyway* – dijo lentamente.

Mi espalda vibró en escalofríos.

- *We are all dead anyway* – volvió a decir la infanta con sus ojos clavados en mí.

Mi corazón y mandíbula golpearon sin control. Todos. . . Muertos. . .Vivos y muertos. El público del museo, la gente en las fotografías, la niña, yo. . . ¿Desde cuándo?

La infanta salió del museo y le seguí. En el jardín se topó con un niño moreno de cabellos verdes y ojos oscuros. Los dos jugaron y rieron, tomados de la mano. Cuando se cansaron, nos sentamos los tres en el césped. Mi mamá no me deja jugar con mi amigo, prométeme que no vas a decir nada. De pronto comprendí que el niño era un ángel. Y supe que yo también

sabía que las niñas fantasmas no debían jugar con los niños ángeles. Les dije que si le cortábamos el pelo al niño ya nadie se daría cuenta. Él me dejó hacer y corté su pelo tan chiquitito que parecía rubio. Los dos estaban felices. En ese momento entendí que la niña era yo, y que el niño ángel era el primer hombre a quien amé de veras.

### III

Kumamoto.

Caminaron hacia el castillo. En el rostro de la niña brotó un sudor de raíces gordas, que apenas salen, que apenas se ven. Raíces cristalinas. El viento del aleteo las convirtió en hielo. Sonrió. El aletear de este niño es tan refrescante, pensó ella. Le preguntó si de verdad podía volar, pues nunca lo había visto y a decir verdad sus alas eran más bien chicas, como las un cisne cuando las estira en busca de pareja. Él contestó que ¡Claro!, sin frenar el paso, sin extender las alas. Solo distancias cortas, aclaró. ¿Hay que parar para ir al baño?, preguntó la niña. Sí, o una cosa o la otra. Trató de convencerle para que le cargara un día de éstos que se atreviera a volar. Imposible, dijo él, acariciando su mejilla con la suavidad de las plumas.

Cuando todas las puertas del castillo de Kumamoto fueron cerradas, salieron de su escondite en uno de los pozos secos y escalaron el muro hecho con piedras de un metro de diámetro. De la tierra al primer balcón había una altura de seis veces el cuerpo de la niña. Después de la mitad del recorrido, el muro tornó su oblicuidad a una aspereza vertical, sin un sólo hueco donde encajar los dedos. La pequeña sintió el eco de sus manos en cada una de

sus vértebras al comprender que su cuerpo iba en descenso. Terminó en el suelo como miles de samuráis hace tres o cuatro siglos. El dolor en la espalda resonó como el sonido de un *taiko*: grave y preciso. El niño con alas quedó suspendido en el aire como un colibrí eclipsando la luna. Aleteaba con una rapidez que ni él mismo conocía; sus dedos aún buscando el hueco entre las piedras. En el suelo, el dolor de la caída no importaba, el asombro de la niña se convirtió en lágrimas minúsculas, sudor que aparece en la lucha por sueños que no confesamos.

El niño descendió torpemente y cuando por fin tocó la cabellera de su niña, escuchó: veo lágrimas. El respondió: no son lágrimas, es el sudor de mis alas. Ella entendió que no era la primera vez que se moría y que ésta era la muerte definitiva. Así es la cosa – dijo como pudo -, tarde o temprano los muertos se mueren de veras.

- Pero, ahora ya puedo llevarte a volar por ahí, podemos subir al castillo, podemos hacer tantas cosas.

Pero la niña ya no escuchaba y el joven alado supo que lo que sentía era más duro que el dolor de la caída, si hubiese resbalado. No volvió a volar, pues decía no tener para quién. Sus plumas se volvieron grises y ya no se le vio rondar castillos japoneses ni templos europeos. Le dicen el ángel del amor imposible y se le escucha aletear cuando un noviazgo termina.

© Cristina Rascón Castro (Sonora, México, 1976)

Del libro "Hanami", Tierra Adentro, 2009.

Premio Latinoamericano de cuento Benemérito de América 2005.